

El Punto de Partida

La Historia Patria, en cada lectura, nos ha proporcionado una convicción. Esta. La muerte, con toda la saña, con toda la premeditación, y con toda la alevosía del caso, se burló del General José Antonio Páez. ¿En qué consistió la burla? Pues, en algo muy elemental. En que dejó que el pintoresco prócer llanero sobreviviera a Carabobo, cuando, pareciendo allí, Carabobo habría sido su consagración. Esto, porque, como dice el dicho a veces, todo lo que Páez había hecho con las manos hasta Carabobo, después de Carabobo lo volvió añicos. Estemos de acuerdo. El General José Antonio Páez llegó a la Presidencia de la República, indiscutiblemente, porque cometió antes tres traiciones de marca mayor. Cada una de éstas, en un país despabilado, habría producido el fusilamiento inmediato. No fue así, claro está. Y as tres traiciones saltan a la vista más desprevenida. El primer Presidente de la República, en primer lugar, traicionó al hombre, al eminentísimo amigo a quien le debía todo: el Libertador. El primer Presidente de la República, no satisfecho con esto, traicionó a la patria: fue factor determinante en la disolución de Colombia. Y, puesto que traicionó la amistad, la amistad de Bolívar, como quien no quiere la cosa; y, puesto que, traicionó la patria al mismo tiempo, es claro que traicionó, también y sin dársele nada, la cultura.

Podemos olvidarnos, momentáneamente, de tamañas traiciones. Sin embargo, queda todavía mucho rabo por pelar. El General José Antonio Páez, ya primer Presidente de la República, sin la meno credencial para e ejercicio de tan alto destino público, le sumó a las tres traiciones apuntadas tres novedades verdaderamente monstruosas. Inauguró, frente a las leyes de entonces, y por encima de todas las consideraciones del sentido común, la más campante arbitrariedad. Inauguró, de la misma manera y con la misma impavidez, el peculado. Fue, así, nuestro primer corrupto, el eufemismo con que tratamos de proteger todos los venezolanos de hoy al ladrón de tomo y lomo. Y, sobre estas dos cosas, le puso la tapa al frasco, al inaugurar el concubinato presidencial a todo trapo.

Tomás Polanco Alcántara, eminente venezolano de hoy, es el maestro nacional de la biografía. Uno de sus libros más sabrosos es "Once Maneras de Ser Venezolano" (Academia Nacional de la Historia, El Libro Menor Nro. 113, Italgráfica, Caracas, 1987). Se trata de una bellísima colección de once breves y muy ágiles biografías. Por allí desfilan proceres propiamente tales, y estadistas, y científicos, y escritores, etc. Una de estas biografías es la de Páez. No la vamos a resumir. No la vamos a analizar. No la vamos a discutir. Nos limitaremos a un comentario breve. Nos lo inspira una frase estremecedora con que se cierra el segundo período de la pieza. ¿Por qué la calificamos de estremecedora? Dice, a la letra, nuestro eminente biógrafo esto. "Hay en el fondo del alma del venezolano una evidente coincidencia con los aspectos fundamentales de la personalidad de Páez". ¿Por qué nos estremece tamaña declaración? Polanco Alcántara, que ha estudiado a tantos venezolanos, no encuentra que estos sigan el ejemplo del Presidente Cristóbal Mendoza, ni

del Presidente Simón Bolívar, ni del Presidente José Vargas, no del Presidente Manuel Felipe de Tovar, ni del Presidente Rojas Paúl, ni del Presidente Andueza Palacio, ni del Presidente Rómulo Gallegos, etc. Los venezolanos, según esto, no tienen sentido ninguno de la Suprema Magistratura, cuando ésta ha estado, aunque por breve tiempo, en manos cultas. Una explicación, más o menos provisional, podría ser ésta. Venezuela, si somos observadores de surrealidad, es país llanero. El venezolano representativo nacionalmente es llanero. Los andinos, por caso, integran minoría irrisoria, país, claro está, es llanero legítimo. Un llanero cabal de pie a cabeza y sitios intermedios. Si somos llaneros en mayoría, lógicamente, nos solidarizaremos con todo llanero que escala la cumbre del país.

De no ser así, la otra explicación resulta no menos sombría. El venezolano, en sentido general, se caracteriza por su carencia de educación. Una carencia que, cada día, se acentúa más. En consecuencia, no le queda otro recurso que la solidaridad con el vivo, y en términos radicalmente nacionales, con el caribe. Páez fue, en su tiempo, el gran caribe. Más claro no canta el gallo. En suma. La crisis nacional, pareciendo nueva, es vieja. La ha generado, al paso por la Primera Magistratura, la legión de caribes que encama, que ejemplifica, que simboliza el primer Presidente de la República, el General José Antonio Páez.